

El pensamiento político de Balmes

FRANCISCO ELÍAS DE TEJADA
(*Salamanca*)

Dentro del desarrollo de la filosofía política en la España del siglo XIX, Jaime Balmes ocupa lugar relevante, yo me atrevería a decir que el más simpático de todos. Mientras que la línea de los teóricos estrictos ha de esperar a finales del siglo a que surja la estampa hidalga de Enrique Gil y Robles para poder brindar una postura propiamente española, con Jaime Balmes asistimos, en la primera mitad del siglo, a un intento de actualización del viejo saber doctrinal hispánico y católico. Que su obra supone eso, y solamente eso, en la historia de la teoría del Estado en España es lo que aspiro a demostrar hoy, frente a las numerosas interpretaciones que sobre Balmes se han venido sustentando.

Dígolo porque, a mi juicio, en el largo elenco de estudios ya consagrados a la exégesis y valoración de la ideología de aquel guerrillero del sentido común que fuera Jaime Balmes, no se ha abordado a mi ver la auténtica perspectiva, desde la cual sea lícito enfrentarse con el conjunto de su obra. Y no ciertamente por escasez de intentos interpretativos, pues la misma posición apartidista del presbítero de Vich y su propia aspiración a colocarse por encima de las pugnas banderizas, han contribuido a que todos y cada uno de los bandos hayan intentado atraerlo a los intereses de sus particulares estandartes.

Y así, el estudioso que a investigar llegue el pensamiento político balmesiano, se encontrará con el estupendo fenó-

meno de que cada autor le califique a través del color de su cristal; y así hemos visto que ha habido plumas de llamados investigadores, digámoslo así en este punto, que nos han hablado de un Balmes profundamente dinástico y defensor del trono de Isabel II: José Elías de Molíns en su monografía *Balmes y su tiempo*, impresa en 1906 en Barcelona; de un Balmes inspirador de la constitución doctrinaria de 1876: José María Ruiz Manent en el libro *Balmes, la libertad y la constitución*, editado en Madrid en 1929; de un Balmes ultramontanista y precursor del *ralliement* de carlistas al alfonsínismo en la etapa canovista: Alejandro Pidal en una conferencia pronunciada en 1887 en el Ateneo de Madrid; de un Balmes precursor de un pragmatismo, consistente en anteponer lo social a lo político, aun a costa de sacrificar lo primero: Alberto Martín Artajo en un artículo publicado en el periódico *El Debate* en febrero de 1934; de un Balmes antecesor de la política de unificación entre falangistas y requetés, simbolizada por el llamado decreto de unificación de 19 de abril de 1937: Ernesto La Orden Miracle en su tesis doctoral sobre *Balmes político*; de un Balmes cuyo opinar se centra en delinear, a un siglo de distancia, la labor legislativa del nacionalsindicalismo: Fernando Valls y Taberner en una conferencia pronunciada en Vich el 12 de julio de 1939 sobre el tema *Balmes ante el problema constitucional de España*; de un Balmes henchido del sentir de lo tradicional: Jaime Carrera Pujal en su cuidada monografía sobre *La monarquía y su sistema de gobierno en el pensamiento político de Balmes*, una de las mejores publicaciones del centenario; de un Balmes conciliador entre el tradicionalismo político y los factores revolucionarios: Juan Bautista Soler Vicens en el prólogo a la antología balmesiana que editó Espasa-Calpe en 1939; de un Balmes realista del momento que pretende ayuntar lo bueno de la revolución con lo bueno del sistema antiguo: Pascual García Cabello en la *Vindicación* con que el mismo año de la muerte de Balmes terció en las polvaredas levantadas por el Pío IX; de un armonizador de la monarquía con la democracia, tesis no discutible si el opinante nos aclarara en qué la monarquía y la democracia consisten: el dominico Antonio García Figar en un artículo en el diario ABC de

17 de noviembre de 1948; de un monarquismo católico deducido de la contemplación de la circunstancia histórica española: Miguel Sancho Izquierdo en reciente conferencia pronunciada en la Escuela Social de Madrid. . . ¿A qué seguir? ¿No hemos visto, incluso, el peregrino caso de algún profesor español que en 1934 escribía un libro para considerarle soldado en la empresa de reconquista intelectual de España que pretendió ser, bajo signos de monarquismo actuante, Acción Española, decirnos once años después, en 1945, que su pensamiento político se reduce a anteceder al de José Antonio Primo de Rivera en el afán de descubrir la eterna metafísica de España? Me refiero al catedrático de la Universidad de Valencia José Corts Grau en su tesis doctoral *Ideario político de Balmes* y en la conferencia que pronunció en 1945 en el Consejo de Investigaciones Científicas de Madrid acerca de *Balmes, político*.

Adolecen todos estos juicios de dos defectos capitales: haber querido sus autores traer a Balmes sobre sí en vez de adentrarse ellos en las construcciones del filósofo, con la consecuencia de vestirle con los más contradictorios trajes del uniformismo partidista; y en segundo término, de haber pretendido encerrarse en la mera exposición del ideario, sin buscar aquello que es siempre la clave de un pensador: su estilo mental, su manera cogitativa, el sentido peculiar de su labor.

Quisiera esta tarde recoger brevemente cuál sea a mi entender ese estilo balmesiano, que me parece ha venido escapando a tantas superficiales interpretaciones, más líricas y altisonantes que hondas y constructivas. Y en esta altura puede avanzar el resultado, a manera de tesis a probar: en Balmes perviven las características de la tradición política catalana, tal como fuera definida en el momento de madurez nacional que significan los juristas del siglo XV, voces de las aspiraciones de la burguesía barcelonesa. O, en otras palabras: Jaime Balmes es pensador político eminentemente catalán por el estilo cogitativo, es un eslabón más, confirmador de mi teoría de que el legado histórico de Cataluña consiste en la aplicación del *seny* a las fórmulas de ordenación política, con la escuela de un sistema de gobierno libre, centrando en las clases medias cuya fuerza es el dinero, antimilitarista, con autoridades circunscritas

dentro de ámbitos legalmente definidos, basado en una concepción intelectualista de la ley y enderezada a la libertad política, receloso de la democracia y despectivo de la nobleza de sangre, monárquico y ceñido a leyes.

Resulta imposible bosquejar en unos minutos la pervivencia y la continuidad de este pensamiento en Cataluña. Por eso me limitaré a recoger el instante de su formación en el siglo XV y a mostrar su concordancia con la ideología balmesiana.

BALMES, CATALAN

Muchas veces en los pensadores ha de tenerse en cuenta la biografía, porque las directrices de su vida real proyectan luces aclaratorias para la comprensión de su ideario. Tal sucede en Balmes, la consideración de cuya vida dice de sí mucho para interpretar su pensamiento político en la manera en que acabo de hacerlo.

En primer lugar, Balmes es catalán y catalán de la Plá de Vich, del corazón espiritual del Principado. Sus actos más íntimos en catalán se expresan. Cuenta su biógrafo mayor, el jesuita P. Ignacio Casanovas, que en catalán rezaba a diario el rosario y en catalán redactó su testamento. En catalán habló a las puertas de la muerte y toda su obra, ambiciosa hasta lo universal, lleva constantemente la huella de aquel sentido medido de las cosas en que yo encuentro la herencia espiritual de Cataluña.

En segundo término, el practicismo lógico de Balmes no anduvo reñido ni con su realismo político ni con su aferramiento a las concepciones de sus paisanos. A punto estuvo de consagrarse al comercio e incluso desde las alturas olímpicas de las disquisiciones filosóficas solía bajar a ocuparse de los nuevos procedimientos de curtir pieles, probándolos con el trabajo mecánico de sus propias manos.

Nacido de arrieros y pobres menestrales, desenvuélvese su vida en uno de los períodos en que Cataluña renacía merced al esfuerzo de sus hijos en las ramas de la industria y del comercio. Supo de niño los trabajos de quienes aspiran a ascender en la escala social por medio de personales afanes, y nunca perdió

aquella manera de entender las cosas, con claridad lógica de cálculo seguro. Cuando en alguna ocasión el deber de conciencia le impele a lanzarse a alguna aventura intelectual en la que perderá prestigio, no es que proceda sin pesar las consecuencias de lo que va a hacer; es que sabe que el deber priva sobre las consideraciones utilitarias. Su Pío IX, tan traído y llevado, aquel opúsculo hijo de su fidelidad a la sede romana, fué escrito a sabiendas de los sinsabores que acarrearía a su autor; no fué falta de realismo, empero un sacrificio consciente en las aras del ideal. Era el colofón vivido a aquellas palabras que esculpiera en *El criterio*, con firme trazo de esperanzada profecía: "Lo recto y lo útil a veces parecen andar separados, pero no suelen estarlo sino por un corto trecho; llevan caminos opuestos en apariencia, y, sin embargo, el punto a que se dirigen es el mismo. Dios quiere por estos medios probar la fortaleza del hombre; y el premio de la constancia no siempre se hace esperar en la otra vida. Que si esto sucede una que otra vez, ¿es acaso ligera recompensa el descender al sepulcro con el alma tranquila, sin remordimiento y con el corazón embriagado de esperanza?"

Ahí está, integrada y vigorosa, la chispa de la tenacidad catalana, cualidad sobresaliente de aquel pueblo suyo. Lo práctico no anda reñido en Balmes con lo moral, sino que, por el contrario, no hay página más hondamente sentida en *El criterio* que aquélla en la que expone la conveniencia práctica de ser virtuoso y la utilidad vital que trae aparejada el ser bueno. Moral e interés se alían en su pluma, tal cual quisiera verlos aliados en la humanidad catalana que le rodeó. Toda la universalidad lógica de *El criterio* se estrecha a términos de paisaje en las siguientes consideraciones sobre las ventajas y desventajas de la virtud en los negocios: "Dios no ha dejado indefensas sus leyes; a todas las ha escudado con el justo castigo, castigo que, por lo común, se experimenta ya en esta vida. Por esta razón los cálculos basados sobre el interés en oposición con la moral están muy expuestos a salir fallidos, enredándose la inmoralidad en sus propios lazos. Mas no se crea que con esto quiera yo negar que el hombre virtuoso se halle muchas veces en posición sumamente desventajosa para competir con un ad-

versario inmoral. No desconozco que en un caso dado tiene más probabilidad de alcanzar un fin el que puede emplear cualquier medio por no reparar en ninguno, como le sucede al hombre malo, y que no dejará de ser un obstáculo gravísimo el tener que valerse de muy pocos medios o quizás solamente de uno, como le acontece al virtuoso, a causa de que los inmorales son para él como si no existiesen; pero si bien esto es verdad considerando un negocio aislado, no lo es menos que, andando el tiempo, los inconvenientes de la virtud se compensan con las ventajas, así como las ventajas del vicio se compensan con los inconvenientes, y que en último resultado un hombre verdaderamente recto llegará a lograr el fruto de su rectitud alcanzando el fin que directamente se proponga, y que el inmoral expiará tarde o temprano sus iniquidades, encontrando la perdición en la extremidad de sus malos y tortuosos caminos”.

La cautela y la tenacidad se dan aquí la mano al servicio de la ética más depuradamente cristiana y más intransigentemente rectilínea. El catalán Balmes sabe ser práctico y justo. Siempre en el término medio de lo práctico, porque en la armonía general del cosmos que su filosofía le enseñara, lo más productivo es la virtud. La utilidad ceñida al bien en la máquina divina del mundo es la idea eje del pensamiento balmesiano; una concepción, si las hay, característicamente catalana.

Veamos como la proyecta en el derecho político.

COINCIDENCIAS DEL PENSAMIENTO BALMESIANO CON LAS IDEAS DE LOS ESCRITORES CATALANES MEDIEVALES

Lo que equivale a otro planteamiento: a apurar los puntos en que Balmes repite las directrices históricopolíticas del pensamiento catalán. Me ceñiré en la comparación al instante culminante del siglo XV.

Tal como cristalizó en el siglo XV, la primera característica de la tradición política catalana es la de que el gobierno se centre en una clase social que rechaza los privilegios de sangre, porque es noble, pero que quiere mantener las desigualdades económicas que garantizan su predominio sobre los carentes de

riqueza. En el *Apparatus* de Tomás Mieres está recogida esta nota al decirnos su autor que los cargos públicos deben ser provistos en las personas de los ricos: "*Officiales sunt eligendi divites, et non pauperes*", dice el jurista gerundense con tajante tono.

A Mieres hace eco Balmes, reflejando la mentalidad burguesa que en definitiva es la expresión del *seny catalán* en lo político: "Ya que en España no es posible tomar por base los títulos de nacimiento — decía en *La aristocracia y la democracia en España*, publicado en *El pensamiento de la nación* de 20 de marzo de 1844 — es preciso atenerse a la riqueza y ésta es una aristocracia de todos los tiempos, una aristocracia que nunca perece. . . Las riquezas proporcionan medios para satisfacer las necesidades propias y socorrer las ajenas; lo primero asegura la independencia, lo segundo forma clientela. Esta es una teoría muy sencilla, porque se funda en hechos palpables; es una teoría indestructible, porque estriba en la misma naturaleza de las cosas; una teoría universal, porque donde haya hombres habrá necesidades y deseos de satisfacerlas. Esto no degrada el mérito personal, nada rebaja de los timbres del saber y de la virtud: el rico podrá ser malvado y el pobre virtuoso; pero siempre será verdad que el rico no está sometido a las tentaciones hijas de la necesidad y que, atendida la flaqueza del corazón humano, sobre estas posibilidades puede buscarse una sólida teoría; siempre será verdad que el rico tendrá medios de influir de que el pobre está falto, y que de esta diferencia de condición, y en igualdad de las demás circunstancias, se puede inferir la diferencia del influjo que respectivamente cabe al uno y al otro".

Los dos textos coinciden en exponer una mentalidad burguesa, de clase media aferrada a la riqueza, que pugna por dominar la política con las armas económicas que sus manos intenta, equidistante entre la nobleza de sangre que suplanta y las clases proletarias que a su acaso vienen. El esquema de Balmes como el de Mieres viene a razonarse así:

a) La división entre clases por razones económicas es algo que ha existido, existe y existirá siempre. Balmes llama a los ricos imprecедера aristocracia de todos los tiempos; Tomás

Mieres opinaba también en su *Apparatus* que la división entre ricos y pobres es cosa ineludible dada en todos los tiempos y lugares.

b) Los ricos están más exentos de ambiciones que los pobres, por tener menos cosas que ambicionar, ya que poseen las que aquéllos no tienen; luego serán presumiblemente mejores gobernantes.

c) En consecuencia, debe ser la riqueza el criterio discriminador para seleccionar quienes gobiernen.

Con esta nota primera se relaciona la peculiar animadversión burguesa, también no menos peculiar del pensamiento catalán, hacia todos los factores de poder político extraños al dinero; y en primer término, la hostilidad hacia el militar como rival en las funciones de gobierno e influencia social, y el afecto hacia el hombre de toga que con facilidad se pone al servicio de los grandes intereses económicos.

Llegó a aseverar textualmente Mieres que "*milites infecti odio contra jurisperitos semper procurant diminutiones salariorum, et volunt comedere labores peritorum*", grave cosa puesto que la "*respublica diu consistere non potest sine jurisperitis*".

A tenor de lo cual, con catalanísimas semejanzas, juzgaba Balmes con desdén censurador la política ibérica, siempre apoyada en los espadones de un general triunfante en un pronunciamiento afortunado. He aquí lo que escribía a 18 de marzo de 1844: "Ninguna combinación política puede estribar en la fuerza militar como sobre un elemento duradero: esta fuerza puede servir de instrumento para llegar a un fin determinado, puede ser un auxiliar excelente para conservar el orden, mientras los elementos de que se haya de rodear el poder civil no estén reunidos y desenvueltos de la manera conveniente; pero desde el momento en que se la considera como principio de gobierno, hace imposible todo sistema de administración, y pone en inminente peligro, para un tiempo más o menos lejano, la misma conservación del orden público cuya defensa se le encomendará".

El repudio a la violencia militar se conjuga con una fe arraigada en la razón humana, tanto en Mieres como en Bal-

mes acudiendo al intelectualismo tomista o neotomista con vistas a reelaborar la teoría de la ley ajustándose a un racionalismo contrapuesto a los voluntarismos arbitrarios, pero que nada tiene de común con los racionalismos protestantes usados en la moderna filosofía del derecho.

De acuerdo con estas premisas, el jurista de Gerona subrayó la tendencia intelectualista ínsita en el concepto aquiniano de la ley, mostrando tajante enemiga a cualquier concepto voluntarista, irracional o arbitrario de ella; el "*justum quia mandatum*", el porque sí como causa de la obligación jurídica es el contrario que Mieres combate en nombre de una razón frenada, tomista, escolástica, y no por eso menos libre y atrevida. "*Est enim lex — declara — constitutio scripta; et ideo lex non est ipsum jus, proprie loquendo, sed aliqualis ratio juris, secundum S. Thoman de Aquino*". O sea, lo jurídico no reside en la letra mandada, empero en la razón que imperó el mandato. Desarrollando este concepto, infiere que en todo imperativo jurídico hay dos elementos, igual que en el hombre hay alma y cuerpo: la letra y la razón que la expresa; y lo que Mieres hace es subrayar tomísticamente el ingrediente racional que es esqueleto de toda norma de derecho. Un racionalismo así entendido es cosa que el gerundense repite continuamente, como si quisiera remachar la importancia que a tal cosa concedía; con tanto rigor en mantenerlo que ni siquiera sus queridos derechos *romano y canónico*, son tenidos en tan alta estima, escapan al juicio de la razón, porque dejarían de ser tales si perdiesen su racionalidad. Antes al contrario, precisamente si Mieres los admiraba tanto era porque constituían la razón escrita, porque se identificaban con lo que los catalanes llamaron "*bona rahó*"; motivo por el cual estudiarlos venía a ser ejercicio más filosófico que jurídico, pues sus normas eran frutos puros de las elucubraciones de la razón en lugar de mandatos imperados por la voluntad del príncipe.

También para Jacobo Marquilles, el otro gran jurista catalán coetáneo, la racionalidad es acusada condición de toda ley, al igual que de todo procedimiento judicial, de tal manera que en su *Comentario super usaticis Barchinoni* asevera

que carece de fuerza cualquier mandato legal que aparezca irracional a la "*recta ratio*" del ser humano.

A tenor de esta construcción clásica de la filosofía catalana del derecho, Jaime Balmes toma partido por una teoría intelectualista de la ley, la teoría imperante en la tradición política de su pueblo desde los tiempos medievales y que el de Vich acopla al sólido armazón aquinatense, para constituir la en máxima garantía del bienestar social. "Compárese — dirá en el capítulo *LIII* de *El protestantismo comparado con el catolicismo* — esta definición dada por Santo Tomás y adoptada por todos los teólogos, con la señalada por Rousseau. En la de aquél la ley es la expresión de la razón; en la de éste, el producto de la voluntad general. ¿De qué parte están la sabiduría, el buen sentido? Con haberse entendido entre los pueblos europeos la ley tal como la explica Santo Tomás y todas las escuelas católicas, se desterró de Europa la tiranía, se hizo imposible el despotismo asiático, se creó la admirable institución de la monarquía europea; con haberse entendido tal como la explica Rousseau, se creó la Convención, con sus cadalsos y horrores".

Háblase en este trecho, que selecciono entre otros muchos de la misma índole, de que el intelectualismo filosófico-jurídico incorpora el buen sentido. Ciertamente al menos desde el punto de mira catalán y balmesiano. Porque el intelectualismo filosófico-jurídico no es más que una secuela del estilo mental y vital que es el *seny*.

Mucho se ha criticado al sacerdote de Vich por ser la suya una filosofía del sentido común. Yo diría del *seny*, por decirlo en lengua del Principado. A Miguel de Unamuno se le antojó rastrera y sin vuelos. Sólo pudo leerle de joven. Cuando intentó repetir la lectura ya en sus años más maduros, se le interpuso siempre "la irremediable vulgaridad de su pensamiento, su empacho de sentido común. Y el sentido común — añade Unamuno — es, como dicen que decía Hegel, bueno para la cocina. Con sentido común no se hace filosofía".

Había en esta animadversión unamunesca la reacción del espíritu quijotesca y castellanizada en bebedura de altos vuelos, cuya excelsitud vital le impedía reducirse al llano, cla-

ro y metódico logicismo de un catalán como Balmes. Desde las alturas de su exuberante originalidad, Unamuno no supo entender la paciente lógica del viquense. Aquel sentido común que no es sino el proceder burgués de un buen padre de familia, como recuerda *Tomás Carreras Artau*, constituye la fuerza estabilizadora de su filosofía, viniéndole directamente del tomismo. "*Dotto e acuto tomista spagnuolo*" le calificó con acierto *Benedetto Croce* en el tercer tomo de sus *Saggi filosofici*; y tenía razón al definirle así, porque la filosofía balmesiana en el aspecto que nos interesa, en la teoría de la ley, no es más que una adaptación a la problemática decimonónica del intelectualismo del Aquinate.

Intelectualismo que, además, era el propio de la tradición política de Cataluña, la médula de las creaciones de la magna Cataluña medieva. *Menéndez y Pelayo*, con aquella su exclusiva intuición rayana en el prodigio, retratóle diciendo que "era el genio catalán paciente, metódico, sabio, mucho más analítico que sintético, iluminado por la antorcha del sentido común y asido siempre a la realidad de las cosas, de la cual toma fuerzas como Anteo del contacto de la tierra". O, en otras palabras más, Balmes fué la encarnación del *seny* catalán. De ahí su ponderación lindante en el eclecticismo; de ahí su serenidad, que llega a la indiferencia externa; de ahí su rigor lógico, que roza con la impasibilidad del discurso; de ahí su realismo, que en política se trueca en concordia y comprensión; de ahí su amor a la paz, bandera central de su ideario; de ahí sea el suyo el pensamiento político de la burguesía catalana, de los hombres pacientemente labradores de su fortuna en el quehacer diario detrás de la "taula" comercial, de los que poco a poco han sabido ser hijos de sus obras sin necesidad de magnos hechos heroicos, simplemente usando del método y del orden en el discurso diario de sus vidas. ¡Que es la de Balmes filosofía de burgueses pacienzudos, de comerciantes afanados en cualquier "*Puntual*" rosignoliana! Sea enhorabuena. El burgués es el tipo social que Cataluña forjó en la Edad Media con repercusiones políticas, la constante creación histórica del Principado. Por ser así la filosofía balmesiana, filosofía metódica y clara, realista y sin brillanteces, sencilla sin exageraciones líricas ni vis-

tosismos de juegos paradójicos, ni la entendió Unamuno ni tenían por qué entenderla los hombres de la Castilla heroica y genial. Pero también por eso va a coincidir con la tradición histórica de Cataluña, por eso va a darnos una filosofía intelectualista de la ley exactamente igual a la que forjaron los teóricos de la burguesía barcelonesa del siglo XV sobre las propias bases aquinatenses y realistas.

A los tres rasgos anteriores corresponde el cuarto apartado que acerca el pensamiento político de Balmes a la constante histórica de Cataluña: la concepción de una monarquía limitada que permita la vida del ciudadano según normas previas y precisas.

Por decirlo en frase del obispo de Vich, mosén Joseph Torras y Bages, Balmes "*tinha la monarquia en lo cap y la democracia en lo cor*", tuvo la monarquía en la cabeza y la democracia en el corazón. Siendo de notar que es en la polémica contra el protestantismo donde aparece con mayor nitidez el gusto por el término medio, que es monarquía limitada, al estudiar las formas de la gobernación. Fué en el capítulo VII de su obra máxima donde encabeza el significativo título de: "Indiferencia y fanatismo: dos extremos opuestos acarreados a la Europa por el protestantismo".

Es en lucha contra el protestantismo donde eleva su tesis, tan catalana, de la supremacía de la ley, la cual, lejos de ser conquista de los tiempos modernos, está para Balmes inscrita en el pensamiento y en las instituciones de los pueblos de Europa antes de la Reforma protestante. Tras una de sus típicas enumeraciones, escribe como aquella retahíla de hechos "significa que el principio tan celebrado de que no es el monarca quien manda, sino la ley, está ya recibido en Europa de muchos siglos a esta parte; y largo tiempo antes de que lo enunciaran con énfasis los publicistas modernos, estaba ya vigente en todas las naciones de Europa". Para Balmes, catalán enamorado de la libertad limitada, protestantismo equivale históricamente a desequilibrio constitucional y a quiebra del armonicismo político con caída en la tiranía de un voluntarismo sin frenos.

Por una parte le achaca la democracia o voluntarismo de la mayoría; por otra parte le adjudica el absolutismo o volun-

tarismo de uno sólo. Oponiéndole en bloque la manera cristiana de la libertad política.

A lo primero, nos enseña cómo hay en la historia de Europa dos clases de democracias, cuya marcha paralela lo largo de los siglos no debe inducir a confundir sus respectivas naturaleza, origen y finalidades. Una es la democracia protestante sujeta a la ley de caer en la anarquía que conduce al despotismo; la que hace rodar el trono de Carlos II para someterse a Cromwell, la que pasa en Dinamarca por las turbulencias nobiliarias para sucumbir en el absolutismo de Federico III, la de Suecia del *Regeringsform* de 1634 en el régimen de absoluta arbitrariedad de Carlos XI. Otra es la vieja democracia cristiana medieval, que forjó las temáticas sociales dominantes en el siglo XV. ¡Lástima que Jaime Balmes no hubiese llegado a conocer a los grandes juristas de su pueblo catalán en ese siglo, porque entonces habría puesto en relación su democracia católico-monárquica con los idearios de sus paisanos Mieres y Marquilles! Aquella su ardorosa invocación ejemplar a las libertades burguesas de la Italia medieval, en el cap. 63, hubiera tenido más adecuado logro en los estilos políticos propugnados por los dos magnos juristas que acabo de nombrar.

A lo segundo, a como el protestantismo se extrema en el yerro absolutista, hace cara Balmes en aquel capítulo LI de *El protestantismo* que debieran saberse de memoria cuantos escriben u opinan, muchas veces con la extremada ligereza que a nuestro hombre tanto molestara, acerca de la manera en que cobra realidad política e histórica la tesis paulina del "*non est potestas nisi a Deo*".

Cuando subraya la postura de Francisco Suárez y de Roberto Bellarmino contra el carisma predominante entre los teóricos anglosajones, y sobre todo frente al rey Jacobo I, no hace sino rechazar los excesos de la filosofía de la Protesta echando mano de su doble condición de catalán y de católico. No de otro modo podía reaccionar el intelectualismo que repitió, quizás inconscientemente y a cuatro siglos de distancia, las opiniones de Mieres y de Marquilles, sus hermanos en la patria y sus copartícipes en el ideario.

BALMES Y LA TRADICIÓN POLÍTICA CATALANA

A principios del siglo XX pareció centrarse el conjunto de los estudios balmesianos en la polémica de si el sacerdote de Vich recoge su pensamiento en la esencia del alma catalana, según la teoría de Taine acerca de las influencias de la raza, del medio y del momento como puntos explicadores de una mentalidad o de una doctrina. Para Narciso Roure no había nada de espíritu catalán en este hombre universal, ajeno a lo concreto, dado a las abstracciones especulativas de por sí despegadas de toda proyección determinada; sus libros hubieran podido escribirse en cualquier parte y hasta resultaba sorprendente que entre las suaves colinas de la Plá hubieran alentado almas tan díspares como la del Jaime Balmes teñido de abstracciones y la de aquel otro mosén Jacinto Verdaguer, supremo cantor de las grandezas de Cataluña y restaurador literario de su lengua. Mientras que, por el contrario, para el francés A. Lugan, y salvo las reservas generales que a la teoría de Taine quepa hacer, Balmes encarna el estilo de su pueblo, siendo fácil ver como los factores antedichos constituyen el fondo de su ideología.

Desde el plano en que puede considerar las cosas un historiador del pensamiento político, esa polémica ha de disputarse por superada. A quien haya seguido los cotejos que acabo de establecer parecerá evidente que Balmes recoge para suscribir las todas las notas tipificadoras de la tradición catalana, tal como quedaron maduradas en aquel postrer momento nacional en donde las aspiraciones de un grupo social nuevo, el burgués, ganan prestancia en el juego constitucional del Principado.

Paralelas son las doctrinas que sobre temas políticos sustentan los secuaces del doctrinarismo. Parejo abanderamiento de los intereses de la burguesía adinerada, igual hostilidad a la nobleza y a la milicia, colocación de la paz como meta suprema del quehacer comunal, intelectualismo filosófico-jurídico y establecer por meta una ordenación rica en libertades civiles, pero temerosa de la democracia.

¿Quiere esto decir pida yo se coloque a Balmes en el grupo de los doctrinarios? De ninguna manera, por más que muchos detalles exteriores puedan hacerle coincidir formalmente

con ellos, ya que la substancia del pensar balmesiano, la savia que fecunda el frondoso árbol de sus sabrosos frutos ideológicos, brota del feraz suelo tomista y no de terrenos abonados con abonos de Protesta luterana.

Aunque Balmes y los doctrinarios coincidan en el realismo y en el gusto por la concordia, débese a que todos ellos intentan recoger las pretensiones de unas clases burguesas. La diferencia está en los puntos ideológicos de partida. Los Guizot y los Benjamin Constant rezuman jugos protestantes y su visión intelectualista de la ley proviene directamente del rigorismo con que Kant, instituyó el deber jurídico, como escuela de la voluntad autónoma; labran el juego social como mecanismo intermedio; y sitúan por encima de todo a la razón humana desligada de cualquier raigambre heterónoma religiosa, señora de sí misma y dadora por sí misma de las normas jurídicas y de las reglas del convivir en el gobierno. Balmes, por el contrario, combate acerbamente esas doctrinas, hasta el punto de que al año siguiente de su muerte su traductor Albéric de Blanche-Raffin le presentaba en Francia a fuer del más encarnizado enemigo de las fuentes últimas de las tendencias doctrinarias. Apoya sus plantas en el firme suelo tomista y, si intelectualista, su teoría de la ley no cae nunca en el racionalismo, porque siempre engarza a la razón humana en el juego del universo, subrayando que es dadora de las leyes y de las normas de gobierno por estar exenta de los arbitrarismos a que es dable propender la voluntad, pero sin disputarla independiente del conjunto del cosmos, porque la razón es atributo del hombre y el hombre una causa segunda que no se explica sino en función de la causa primera que es Dios.

El intelectualismo de Balmes no es el racionalismo que preside las formulaciones doctrinarias. En unos y en otros se acude a la inteligencia para hacerla clave de la acertada gobernación y de la adecuada formulación de normas de derecho; pero débese en ambos casos a la postura en que se encuentra toda burguesía gobernante, colocada entre las arbitrariedades de una casta cerrada que se va y que gobernó por el porque sí de la sangre, y las arbitrariedades de las masas que llegan y que quieren imponer el porque sí de las mayorías numéricas. Sal-

vo la coincidencia externa que postulan semejantes coyunturas históricas, no coinciden en nada por lo que concierne a las bases espirituales, que en Balmes y en los clásicos catalanes del siglo XV son estrictamente tomistas, mientras que en los doctrinarios de 1830 son radicalmente protestantes.

Por eso al sostener yo que Jaime Balmes es eslabón de la larga cadena de los teóricos del pensamiento político típico de Cataluña le sitúo en la trayectoria centenaria de su pueblo y no en la coetanidad casual del segundo cuarto del siglo XIX. Lo que caracteriza su pensamiento político es que continúa la línea centenaria de la tradición catalana, equiparándose a aquellos Mieres y Marquilles que, en hora todavía tenebrosa de la civilización europea, formularon sobre raíces tomistas una teoría de la ley y del gobierno justo que respondía al *seny* de aquel pueblo práctico, sensato, realista, justipreciador del dinero como facto de libertades individuales y, sobre todo, enemigo de las violencias, tanto si proceden de la espada militar como de las turbas anárquicas.

Esa es la conclusión a que llego, la cual no contradice a la universalidad del legado balmesiano, antes la corrobora y explica. Por decirlo brevemente, su catalanismo albergaba problemáticas de universalidad. Es lo que ha dicho un brasileño ilustre al opinar, prologando la versión portuguesa del *Criterio*, cómo "já se tem notado que há, em Balmes, num grau eminente, as qualidades próprias do gênio catalão. Mas o seu espírito excedeu os limites da Catalúnia, fundindo-se, por assim dizer, com a complexidade do gênio espanhol. E transpôs ainda as fronteiras da sua pátria, integrando-se na cultura européia, ou melhor, na universalidade da civilização cristã".

Palabras de José Pedro Galvão de Sousa, que señalan el salto desde su recortado ambiente vichense a la universalidad de la fama. En la entraña de su gente incidió, insisto que un poco instintivamente, en postular fórmulas políticas ya mantenidas por los mayores teóricos de la hora cenital de Cataluña, que es la primera mitad del siglo XV, todo porque aplicaba a paralelos problemas el constante *seny* de la raza. Del mismo modo que sobre el azul de Vich, de la "ciutat dels sants", supo ser el apologeta católico que la Francia no tenía y lo mismo que se-

guía atento el curso de la filosofía alemana y antes que nadie habló entre nosotros de Kant o de Fichte, también sin salir de Vich levantó una doctrina política que, por ser catalana y por ser católica, era también universal.

Ahí reside el secreto de su originalidad y de su grandeza como tratadista de derecho político.